



## ENTRE DOS TEMPESTADES: BOAL DIALOGA CON SHAKESPEARE

José Ramón Fabelo Corzo<sup>1</sup>

Ana Lucero López Troncoso<sup>2</sup>

Transcurrido año y medio de su exilio, en noviembre de 1974, Augusto Boal concede una entrevista a la prestigiosa revista *Latin American Theatre Review* mientras se encontraba de paso en la Universidad de California. En esa ocasión, Boal habla de las obras que ha escrito en este periodo —que ahora podemos reconocer como uno de los más fructíferos de su carrera—, entre las que destacan la primera versión de *Teatro del oprimido y otras poéticas políticas*, *Técnicas latinoamericanas de teatro popular* y *Doscientos ejercicios y juegos para el actor y el no actor con ganas de decir algo a través del teatro*, textos que recopilan los resultados de varios procedimientos experimentales de teatro y que iban a resultar fundamentales en la sistematización de su método. Boal menciona, en la misma entrevista, una obra dramática singular que sería la primera de la referida etapa. Sobre ella nos dice:

La primera que escribí es *La tempestad*, una respuesta, y no una adaptación, de la obra de Shakespeare. *The Tempest* siempre ha sido entendida como el drama acerca del noble europeo que llega a una isla tropical y tiene el derecho de instalarse ahí, para esclavizar a los habitantes de esa isla. *La tempestad* es vista desde la perspectiva de Calibán, quien es tradicionalmente difamado de ser feo y ofensivo, y no desde el punto de vista de Próspero, quien habla por Shakespeare. Trato de mostrar que lo nativo es hermoso y que los invasores son los repugnantes.<sup>3</sup>

---

<sup>1</sup> Investigador del Instituto de Filosofía de La Habana y profesor-investigador de la Maestría en Estética y Arte de la BUAP.

<sup>2</sup> Egresada de la Maestría en Estética y Arte y profesora de la Facultad de Arte Dramático de la BUAP.

<sup>3</sup> Charles B. Driskell, "An interview with Augusto Boal", en *Latin American Theatre Review*, p. 77. (Traducción de Ana Lucero López Troncoso)

Precisamente este afán de *responder* a *The Tempest* de Shakespeare desde un lugar propio y distinto de enunciación es el primer rasgo distintivo que caracteriza a *La tempestad*, escrita originalmente en español mientras Boal se encontraba exiliado en Argentina.<sup>4</sup> A tono con ello, en el presente trabajo se procura develar en qué consiste esa *respuesta*, poniendo de relieve las formas en las que Boal —con esa mirada siempre crítica, brillante y divertida que lo caracteriza— dialoga con Shakespeare, asumiendo como protagonista de su versión de la historia a un personaje que, en el clásico inglés, aparece como un monstruo ridículo y despreciable, como una metáfora cruel de los seres humanos originarios de América y del Caribe. Especial énfasis se hará en el final de la historia, que tiene en *La tempestad* un tono completamente distinto al del clásico de Shakespeare, al tiempo que se reflexionará sobre algunas de las posibles razones por las cuales Boal decidió variar sustantivamente la caracterización de sus personajes, considerando el efecto que probablemente quiso lograr en el público.

#### *Las respuestas de Boal a Shakespeare*

Al analizar comparativamente una y otra obra afloran diversos ejes temáticos, observables en la manera en que Boal construye los personajes, las relaciones entre ellos y sus diálogos, y, especialmente, en el modo como concibe la línea de acción dramática de la obra. Veamos algunos de estos ejes.

##### *a) El cuestionamiento a la legitimidad de la invasión*

En la obra inglesa, Calibán, el nativo de la isla, está esclavizado y bajo las órdenes de Próspero, quien fuera duque de Milán, y que, por una traición, terminó naufragando en las tierras del que ahora es su esclavo. El que fuera noble en su cuna europea se presenta a sí mismo ante Calibán como bienhechor por haberle perdonado la vida, llevado a su gruta y enseñado su lengua. Calibán responde al gesto intentando violar a Miranda, hija del protagonista, y utilizando la lengua aprendida para maldecir a Próspero. La “ingratitude” de Calibán parece justificar, para Shakespeare, el hecho de que el nativo isleño se mantenga, hasta el final

<sup>4</sup> Seguiremos aquí el mismo criterio idiomático que utiliza Boal en la mencionada entrevista para diferenciar nominativamente su obra (*La tempestad*) de la de Shakespeare (*The Tempest*).

de la obra, sometido a la autoridad y la presumida "superioridad humana" de Próspero. A pesar del conocido reclamo que hace a Próspero, cuestionando su presencia en la isla y el vasallaje al que lo sometiera, Calibán se nos presenta como caso perdido: un ser humano inferior en todo sentido, que confunde a un par de borrachos con dioses, y que no tiene lo necesario para salir de su barbarie, por lo que es confinado a realizar las labores físicas más pesadas, como cargar leña y hacer otros trabajos. A fin de cuentas, Shakespeare le da la razón a Próspero, a pesar de que fue Calibán quien le mostró los secretos de la isla. Esta sabiduría de Calibán es menospreciada en la obra original, pues se trata de un conocimiento que, aunque resulta vital, no aparece en ningún libro.

Buenos Aires - Cap.  
Argentina

LA TEMPESTAD - 1º Acto  
de Augusto Boal, inspirado en William Shakespeare  
Música de MANDUKA.  
1. EN UN NAVIO. TEMPESTAD. MUSICA.

MARINEROS - Cuidado! Cuidado!  
- Vamos a encallar!  
- Suelten las velas!  
- Rema, rema!  
- Serenidad!  
- ¡Ciclones! Huracanes!  
- ¡Tempestad! ¡Tempestad!

CAPITÁN - ¡Vuelvan Vuestras Mercedes a vuestros camarotes!  
ANTONIO - Señor, somos hidalgos!  
CAPITÁN - Más vale un plebeyo que me ayude que cien nobles que me jodan!  
ANTONIO - ¡Animal! ¿Sabés quién es este?  
CAPITÁN - Sí, señor!  
ANTONIO - Soy el hijo del Rey!  
CAPITÁN - Está de parabienes.  
ANTONIO - Y este otro, sabés quién es?  
SEBASTIÁN - Saben Uds. quien soy, aunque no lo parezca?  
CAPITÁN - Ya lo sabemos, señor.  
ANTONIO - Es el hermano del Rey.  
SEBASTIÁN - Sí, señor.  
CAPITÁN - Que suerte.  
ALONSO - ¿Y yo? ¿Sabéis vosotros quién soy? ¿Quien es mi real persona?  
CAPITÁN - Yo os conozco, señor, pero mejor os van a conocer los tiburones que os van a comer si no os marcháis de aquí.  
ANTONIO - Es el Rey Don Alonso, nada menos!  
ALONSO - ¡Ordeno pues entonces que vuelva la razón a los espíritus, que vuelva el amor a los corazones y que vuelva enfin la calma a las mares! ¡Siendo quien soy, ordeno que cese la tormenta! Que se apaciguen las olas y sezerben los vientos.  
CAPITÁN - Señor, ordeno que vuelvan vuestros a vuestros camarotes! Nosotros sabemos quién sois, pero la tempestad nel El huracán no conoce realza!  
ALONSO - Si así es, se habrá equivocado la tempestad!

CANCION DE LA TEMPESTAD

CAPITÁN Y  
MARINEROS - Rema, rema, suelta vela,  
cruzan rayos, suben olas,  
rema, rema, suelta vela (SUBE UN TONO)  
sopla viento, truenan truenos  
rema, rema, suelta vela (SUBE UN TONO)  
olas libres del mar  
nada las puede calmar!  
Algo anda mal con el huracán,  
se habrá equivocado la tempestad.

NOBLE (Solo) - El soldado que batalla  
obedece al general -  
su vida entera le ofrece,  
cosa que es muy natural!  
El morir por su señor  
es en su vida normal! (CORO-BIS)

CAPITÁN Y  
MARINEROS (Solo y Coro Bis) - Pero al viento huracán  
nada lo puede frenar:  
las olas y rayos y truenos  
no conocen autoridad:  
algo anda mal con la autoridad,  
se habrá equivocado la tempestad.

Primera página del original con notas de Boal.

El, en apariencia equilibrado, intercambio de favores que en *The Tempest* aparece como ingratamente incomprendido por Calibán, es presentado en la obra de Boal como cínico y desproporcionado. Con notoria conciencia de la injusticia que entraña, Calibán, el ahora protagonista de *La tempestad*, le espeta a Próspero:

¡Esta isla me pertenece y tú me la has robado! ¡Cuando viniste por primera vez, yo creí en ti y tú me corrompiste! ¡Me diste todo lo superfluo y yo te di mis tierras! ¡Me diste collares, espejos y anillos y yo te regalé mis ríos, mis playas, mis campos! ¡Que sobre ti caigan todas las maldiciones de la tierra! ¡Que te maten los escarabajos, sapos y murciélagos! ¡Tú reinas en mi isla y yo soy esclavo en mi país!

El pasaje de *The Tempest*, en el que Shakespeare hace decir a Calibán que gracias a que Próspero le enseñó a hablar su lengua, él ahora puede maldecirlo, es retomado como fuente inspiradora por Boal para la elaboración de un extenso y pasional discurso de rebeldía anticolonial que, combinando el decir de Calibán con la descarnada letra de una elocuente canción,<sup>5</sup> pone al desnudo la verdad del colonizado. En este segmento de *La tempestad* Boal introduce la participación de un coro que nos hace pensar en el pueblo que acompaña a Calibán. Veamos aquí una pequeña muestra del discurso de Calibán y de la canción acompañante:<sup>6</sup>

PRÓSPERO: ¡Malagradecido! ¡Yo todo te he enseñado! ¡Hasta la lengua que hablas, te la enseñé yo!

CALIBÁN: Tú me enseñaste tu lengua y yo te lo agradezco: así te puedo maldecir en tu propia lengua, para que me comprendas. (*Música de inspiración norteamericana, gritos, sonidos desesperados, guitarra eléctrica. Cambia la luz, ahora fuerte. Calibán empieza a hablar dentro del ritmo. Puede agarrar un micrófono*) Me enseñaste tu música, gracias; ¡puedes cantar y bailar conmigo! ¡Yo te quiero maldecir, pero tú dices que eres bueno! ¡Pero supongamos que Próspero no fuera Próspero, que fuera otro! Y

<sup>5</sup> La música de esta obra, en el montaje que pretendía Boal, fue compuesta por Manduka (seudónimo del músico y artista plástico brasileño Alexandre Manuel Thiago de Mello [1952-2004]). En el original que nos ha servido para hacer la transcripción del texto, aparece una nota, escrita a mano por el mismo Boal, que lo señala así: "Música por Manduka".

<sup>6</sup> En el fragmento de la obra de *La tempestad* de Boal que publicamos más adelante en este mismo libro puede apreciarse en toda su extensión tanto el discurso de Calibán como el acompañamiento del coro, lo cual nos exime de la necesidad de reproducirlo aquí en su totalidad.

supongamos que ese otro, que no es Próspero, me odiara porque soy dueño de mi país. ¡Y que viniera con sus navíos y bloqueara mis tierras con sus barcos y sus minas explosivas! ¡Que sobre mis hermanos lanzara bombas de fósforo encendido para quemar las carnes de mis hermanos y hermanas, obligándolos a que se quedaran dentro del agua para poder sobrevivir! Si todo esto fuera verdad, seguro que cantarías junto conmigo: “Que todas las plagas del mundo caigan sobre los invasores”.

*QUE TODAS LAS PLAGAS DEL MUNDO CAIGAN SOBRE LOS INVASORES*

*Que todas las plagas del mundo caigan sobre los invasores.*

*Que sean sus ciudades destruidas*

*por huracanes, vientos y ciclones.*

*¡Que se infesten sus playas*

*de pirañas y tiburones!*



La canción y la escena misma, cargadas de una brusquedad y agresividad escalofrantes, nos revelan la valoración de Calibán sobre las enseñanzas de Próspero: representa, no el alabo a las virtudes de la ciencia, la cultura o la evangelización que el colonizador trajo consigo, sino el doloroso aprendizaje propio, alternativo, que, usando los mismos medios que el colonialismo propicia, busca testimoniar y enfrentar la masacre de la invasión colonizadora e imperialista. Es, así, un sufriente reclamo por las deudas históricas que marcaron y siguen marcando a América Latina.

Es el mismo reclamo que aquel que, según Leonardo Boff, realizara Ramiro Reynaga, un indio representante del Movimiento Indio Tupac Katari (quechua), quien, en 1985, mientras el papa Juan Pablo II estaba de visita en Perú, aprovechó la ocasión para entregarle una carta que decía:

Nosotros, indios de los andes de América, decidimos aprovechar la visita de Juan Pablo II para devolverle su Biblia, porque durante cinco siglos no nos ha dado amor, ni paz, ni justicia. Por favor, tenga de nuevo su Biblia y devuélvala a nuestros opresores, porque ellos necesitan sus preceptos morales más que nosotros.<sup>7</sup>

---

<sup>7</sup> Leonardo Boff, *Nueva evangelización, perspectiva de los oprimidos*, p. 12.

La mencionada escena en la obra de Boal se completa con la re-acción de Próspero, quien suaviza la situación al mostrarle a Miranda una canción distinta, suave, alabadora, interpretada por Ariel (genio del Aire, al servicio también de Próspero) y llamada, de manera nada casual, “la canción de la libertad burguesa”, símbolo de la sumisión y el oportunismo de quienes, aun siendo también oprimidos, se integran al sistema opresivo para obtener los menguados beneficios de la explotación de sus congéneres.

PRÓSPERO: Miranda, hola, querida: en mi lengua se pueden cantar cantos más suaves. Ven, Ariel, canta algo dulce. (*Entra Ariel, Fernando lo sigue desde lejos*)

ARIEL: (*Canta*) *CANCIÓN DE LA LIBERTAD BURGUESA*

Antes yo era esclavo,  
hombre libre soy ahora:  
no trabajo, no hago nada,  
nada más mi alma ahora.  
Libre como el viento, libre,  
cogiendo las plantas y flores,  
cogiendo las flores y frutas,  
Lejos están mis dolores.  
Cogiendo, vida, cogiendo,  
trabajen otros por mí:  
son muchos los que trabajan,  
mi vida me gusta así.

PRÓSPERO: Sí, muchas cosas distintas se pueden decir con la misma lengua.

*b) La crítica a la resignación como consuelo de pobres*

En la obra de Augusto Boal el personaje de Gonzalo, en su condición de acompañante y consejero, trata de consolar al rey, quien piensa que su hijo ha muerto ahogado. Lo hace con una canción en la que solicita su resignación bajo el argumento de que hay quien sufre más que él y que, por lo tanto, debe estar agradecido por lo que tiene.

GONZALO (*Canta*): *CANCIÓN DE LA GENTE QUE SUFRE MÁS*

Oiga usted mi opinión –  
Llegué a esta conclusión:  
Cuando es uno desgraciado,  
hay gente en peor estado. (...)

El rey Alonso y Antonio opinan después sobre esta postura de Gonzalo:

ANTONIO: Este, cuanto menos tiene, más quiere perder...

ALONSO: Él tiene la filosofía del pobre. Lo voy a nombrar gran predicador de las masas. Todas las escuelas tendrán una materia nueva: Civismo y Sacrificio. Él será el catedrático. Seguro que al pueblo le hace falta que sepa explicar filosóficamente la necesidad del sufrimiento.

Boal ridiculiza la resignación ante el sufrimiento como un consuelo útil a los ricos, pero no para ellos mismos, sino como arma ideológica contra los pobres. “Demostrar” filosóficamente la necesidad del sufrimiento actuaría así como un instrumento enajenador de aquellas acciones que podrían conducir al fin del sufrimiento mismo. Y eso es precisamente lo que el rico opresor necesita que el predicador o el intelectual a su servicio logren trasladar a las sufrientes masas desposeídas: la resignación, el consuelo en el sufrir mismo. Boal cambia totalmente el sentido de la real intención consoladora que en la obra de Shakespeare tienen las palabras de Gonzalo dirigidas a su rey. Tampoco en la obra original el rey parece dispuesto a aceptar tal consuelo, pero lo que nunca cuestiona el clásico inglés ni por asomo, es la pertinencia de tal recurso ideológico cuando es dirigido a las masas.

En otra escena de *La tempestad* de Boal, Calibán, enfrentándose a un súbdito del rey, cuestiona su ciega obediencia y le ofrece una alternativa revolucionaria:

TRÍNCULO (*Grita de forma castrense*): ¡A-ten-ción! ¡Hay que llenar de leña el horno, que mi señor prepara una gran fiesta! (*Le pega con un látigo*)

CALIBÁN: Escuchá, desgraciado: ¿por qué servís a tu señor?

TRÍNCULO: ¿Y a qué señor tendría que servir, si no es al mío?

CALIBÁN: ¡A ti mismo!

TRÍNCULO: Mi señor es muy poderoso, mejor obedecerlo...

CALIBÁN: ¿No te das cuenta, traidor miserable, que él es fuerte tan solo porque usa tu brazo. Su fuerza es tu fuerza. ¿Tenes miedo al látigo que vos mismo empuñas?

TRÍCULO: Así son las costumbres. ¡Yo estoy acostumbrado a obedecer... obedezco!

CALIBÁN: ¿Y por qué no me obedeces a mí? ¿No te das cuenta de que somos hermanos? ¿Por qué no me obedeces a mí y, juntos, estrangulamos al tirano?

TRÍCULO: ¡No! Es la costumbre; yo necesito un señor. (...)

Calibán, quien en la obra de Shakespeare es poco más que un animal con raciocinio, elabora complicadas y subversivas reflexiones en la obra de Boal. Ponemos una de ellas como ejemplo, en la cual cuestiona la propiedad privada de unas botellas de vino.

CALIBÁN: (...). Decime, bestia: ¿Cómo pueden ser de tu patrón, si las uvas las cultivamos nosotros con nuestras manos; si el vino lo fermentamos nosotros con nuestra ciencia; si las bodegas las construimos nosotros con nuestra madera? ¿Cómo van a ser de tu patrón, si todo lo hicimos nosotros?

Entonces, cuando Calibán convence a Trínculo de rebelarse contra Próspero, Boal introduce un pasaje completamente nuevo en la línea de acción. Próspero hace tambalear una revuelta organizada por Calibán, argumentando, con una actitud paternalista y engañosamente pacífica, que hay una especie de orden natural, en el que cada uno ocupa el lugar que le corresponde, de acuerdo a quién es.

PRÓSPERO: (...) Esteban, ya estas borracho y traés cualquier vino... Andá a buscar más botellas, pero traé los vinos más finos y las cosechas más viejas. Vamos todos a dar todas las explicaciones y todo se va a entender. Traé más vino. Sin duda, ha llegado la época de las grandes reformas, de las grandes transformaciones sociales. Yo estoy en condiciones de todo prometer. Prometo. Prometo. Prometo.

TRÍCULO: Decía mi compañero que nadie es patrón y nadie es sirviente y son todos obreros y todos iguales. Así que de ahora en más ya no se puede hablar de órdenes... ¡solo de asambleas! ¡Muerte al invasor! (*Chupa*)

PRÓSPERO: Muy bien. ¿Pero y las diferencias? ¿Qué hacemos con las diferencias?

CALIBÁN: Muerte al invasor... y todos serán iguales. (*Esteban trae más vino*)

TRÍNCULO: ¿Qué diferencias?

PRÓSPERO: Claro: nosotros no somos todos iguales. Hasta los cuerpos son diferentes. ¡Mirá mis manos! Suaves y perfumadas, son manos de quien piensa. Mirá sus manos llenas de callos: él no necesita pensar: tiene manos de quien trabaja. ¿Y ahora tú?

TRÍNCULO: Un solo callo: el dedo del gatillo.

PRÓSPERO: Ahí está: todo es una cuestión de identidad.

En esta escena —inexistente en la obra de Shakespeare— Boal identifica a Próspero con las fuerzas del Estado, que utilizan los consabidos lemas de la modernidad, sobre todo en su interpretación positivista, para justificar el control y la represión.

PRÓSPERO: A la orden. Así es y así será: ¡a la orden! ¡Que vuelvan todos a su trabajo! ¡Que vuelvan ya! ¡Orden y progreso!

### *c) La interpretación del pensamiento mágico-religioso*

Próspero, en *The Tempest*, es un auténtico hechicero. Un hombre que, profundizando en el estudio de artes oscuras, ha logrado dominar a los espíritus de la naturaleza y posee determinados poderes. En *La tempestad*, por el contrario, Próspero es un charlatán que usa trucos y mentiras para manipular a las personas mediante una exitosa fórmula: ignorancia y miedo. Aprovechándose de su conocimiento de la naturaleza, se fabrica estos supuestos poderes, que le otorgan, de hecho, un poder político real.

PRÓSPERO: Todo está controlado, y todo se hizo por tu beneficio. Yo, Próspero, tu padre, con mis mágicas artes y un poco de suerte, ya que esta es la estación de los ciclones y tempestades, ¡yo lo he hecho todo!

Por otro lado, el pensamiento mágico-religioso es claramente diferenciado desde la perspectiva de las culturas que lo engendraron: la blanca y la negra. La magia blanca y la magia negra, emulando el color de la piel de sus artífices, son asociadas, como ha sido tradición, con la

bondad (la blanca) y la maldad (la negra). Los colores, rasgo fenotípico preferido por el racismo, sirven también para calificar y diferenciar los poderes sobrenaturales en uno y otro caso. Así se lo hace saber el Próspero de Boal a su hija Miranda cuando le canta:

*Aquí reinaba Sicorax,  
vieja bruja bestial  
a quien vencí a trompadas  
con elegancia mortal,  
destruí su realeza  
y su horda infernal:  
a su negra hechicería  
mi blanca magia real  
asestó civilizado  
y hermoso golpe final.*

Con sarcasmo Boal cuestiona y refuta la supuesta superioridad de la “magia blanca” y su presunta función civilizadora.

PRÓSPERO: Así fue, hija mía. Allá en Europa se peleaban todos los nobles. Hecatombes, incendios, estupro, violaciones, destrucciones, en fin, la civilización. Y a mí, buen perdedor, me tocó civilizar esta isla bárbara.

*d) La visión del trabajo, la cultura y el arte*

Hasta aquí hemos visto cómo algunas características fundamentales de dos de los personajes principales de la obra de Shakespeare son invertidas por Boal, revelando estos aspectos oscuros de Próspero y luminosos de Calibán. La inversión de juicios se extiende hacia los que pudieran considerarse “paisanos” de uno y otro y hacia ámbitos tan diversos como son el trabajo, por un lado, y el arte y la cultura, por otro.

Recordemos que, en la obra de Shakespeare, la madre de Calibán era una bruja llamada Sicorax, quien haciendo uso de sus poderes extraordinarios había encerrado al espíritu llamado Ariel dentro del hueco de un pino cortado. El castigo fue el resultado de la negativa de Ariel a servirle a Sicorax. Tiempo después del inicio del castigo Sicorax muere y Ariel permanece en su encierro durante doce años, hasta que es rescatado por

Próspero, solo para ser inmediatamente esclavizado y dispuesto como servidor de los intereses personales del protagonista. En la obra inglesa, Próspero habla de terribles torturas que Sicorax le hacía padecer a Ariel. Boal interpreta estas torturas de la siguiente forma:

PRÓSPERO: La negra Sicorax te hacía trabajar en el campo, arar la tierra, sembrar la caña... A ti, un hombre siempre tan delicado... tan sensible... labrando la tierra como cualquiera... cosechando...

ARIEL: ¡Ahhhhhh! (*Próspero lo persigue con el recuerdo cruel*)

PRÓSPERO: Moler el azúcar, construir tu propia casa, estudiar por las noches, en fin, ¡eran esas tus horribles torturas! ¡Ella te hacía trabajar para comer! ¡Imperdonable!

La Sicorax de Boal tiene tintes totalmente distintos, es una bruja negra, con un carácter campesino, eminentemente trabajador, algo que, desde luego, es mal visto por un noble que nunca ha tenido que trabajar para ganarse la comida y el techo. Por el contrario, en la obra de Shakespeare, Sicorax simplemente es la encarnación del mal, sin que exista una explicación lógica de su comportamiento más allá de aquella atribuida a los espíritus diabólicos.

En otros momentos de la obra de Boal, este introduce pasajes, que no existen en Shakespeare, para criticar la mirada colonialista que ve en las culturas latinoamericanas un objeto de mercadeo y turismo explotador, que no es digno de compararse con los conceptos europeos de *cultura* y *arte*. Aparecen así elementos que critican la mirada colonialista de Próspero y de todos los suyos (Gonzalo, Alonso, Sebastián, etc.) hacia la cultura y el arte de los nativos americanos. Al tiempo que se deslumbran por sus ritmos, bailes y atuendos, no pueden más que terminar descalificándolos, como le corresponde a un consecuente colonialista.

ANOTONIO: Jamás en mi vida he visto nada tan exótico y exuberante.

ALONSO: Ah, si me pudiera llevar a Europa algunos de estos monstruos, sería el monarca más venturoso...

ANTONIO: Y además se podría cobrar entrada...

GONZALO: Se nota que son tropicales...

ALONSO: Sí, por la manera ruda y rústica con que bailan. Los movimientos son hermosos, pero mal acabados, desprolijos, como conviene al arte salvaje.

GONZALO: Les falta tradición...

SEBASTIÁN: Savoir faire...

ALONSO: Souplesse...

GONZALO: Finesse...

ANTONIO: Y huelen a sudor...

Por el contrario, Calibán, aun asumiendo a Próspero como enemigo, no desdeña su cultura y sus saberes y quiere apropiárselos para el bien de su pueblo. Ese mismo Calibán que vive en la barbarie en la visión de Shakespeare, en la de Boal puede darse cuenta no solo del potencial del conocimiento para transformar la realidad, sino también del poder que otorga la posesión de los medios en que estos conocimientos se difunden. Boal le hace decir:

CALIBÁN: ¡Así que mientras duerma, podremos entrar en su pieza y romperle el cerebro! Pero antes hay que apoderarse de todos sus libros. Ahí está su poder: tiene los libros y nosotros no.

*e) La resistencia a la autoridad y a la explotación de la monarquía*

En la primera escena, los protagonistas de la obra de Boal son los marineros, el colectivo de trabajadores al servicio del rey Alonso, que se enfrentan con la furia de la naturaleza en medio del mar. Ellos conducen la acción, como es lógico, siendo los expertos al mando del navío en el que viajan, mientras el rey y su séquito pasan a segundo plano. Igual que en la obra de Shakespeare, Boal pone en boca de sus personajes el cuestionamiento a una autoridad instituida de la nobleza que nada vale ante la inclemencia del tiempo y de una tempestad que no acata orden alguna. Pero en Boal se eleva significativamente la insolencia del capitán del navío al hacerle decir:

ALONSO: ¿Y yo? ¿Saben ustedes quién soy? ¿Quién es mi real persona?

CAPITÁN: Yo lo conozco, señor, pero mejor lo van a conocer los tiburones que lo van a comer si no se marcha de aquí.

En Shakespeare, por el contrario, salvo la misma naturaleza de la tormenta, nadie más se atreve a confrontar así al personaje de Alonso, rey de Nápoles.

*f) La resolución final*

En el final de Shakespeare, Próspero, haciendo gala de su virtud, perdona al traidor Antonio y el orden se restablece con el regreso a Nápoles. Boal también hace que Próspero perdone a Antonio, pero por una razón más mundana.

PRÓSPERO: Ya tengo preparada para todos nosotros una gran sociedad comercial para explotar esta isla y muchas más. Antonio, mi hermano.  
(*Lo abraza*)

ANTONIO: Querido hermano mío. ¡Te devuelvo tu ducado y tus cuentas bancarias!

PRÓSPERO: Por supuesto.

ANTONIO: Te ruego que perdones mis faltas. ¡Prometo corregirme y ser honesto!

PRÓSPERO: ¡No, no, no, eso no, de ninguna manera! ¡Nada de honestidad, que a mí no me serviría de nada! ¡Yo te quiero a vos exactamente como sos! ¡Ladrón y asesino! ¡Vuelvo a Milán, pero vos te quedarás aquí, como mi representante en esta isla, con carta blanca para ejercer la más dura represión y obligar a esos negros que trabajen y produzcan hasta la muerte!

El negocio es redondo gracias a la boda de Miranda con Fernando, el hijo del rey Alonso, que en el original de Shakespeare es también planeada astutamente por Próspero. Boal parece revelarnos más claramente las intenciones iniciales de Próspero, al elaborar su plan maquiavélico y hacer que su hija se enamore de Fernando, utilizándola así, de acuerdo a sus propios fines políticos, para restaurar su posición social en Nápoles.

En la obra de Shakespeare, Calibán no termina bien librado, pero él no es con quien empatiza el público, sino con el protagonista: Próspero. El final de la obra de Boal, sin embargo, es también desafortunado para Calibán, pero ahora él ha sido el protagonista. Por esta razón, la escena tiene un tono que puede parecer decepcionante. El público, siguiendo la trayectoria dramática del protagonista, puede llegar a identificarse —y a darle la razón— a Calibán, y sentirse sumamente contrariado de que no tenga un final feliz. Eso es exactamente lo que Boal pretendía. Como en todo buen teatro político, después de Brecht, el público debe percibir que los símbolos de la obra remiten a la realidad, para desper-

tar en ellos —emotiva y racionalmente— una respuesta crítica fuera de la ficción. Calibán, oprimido pero no derrotado, simboliza, desde luego, los pueblos latinoamericanos dominados, pero en pie de lucha.



Las notables diferencias entre *The Tempest* de William Shakespeare, escrita hacia 1612, y *La tempestad* de Augusto Boal, de 1974, estriban en mucho más que las que obviamente están asociadas al tiempo y la distancia que median entre una y otra obra. Es en la interpretación de los símbolos creados por Shakespeare, donde radica la mayor de estas distinciones. De la mano de Roberto Fernández Retamar,<sup>8</sup> Boal retoma a Calibán como nuestro símbolo, el de Nuestra América, y a Próspero como el representante del colonizador, del amo imperial de cualquier época. La irreverencia y rebeldía de Calibán ante la autoridad de Próspero expresa no solo y no tanto lo que ha sido históricamente esa relación de dominio amo-esclavo, sino también y sobre todo la que, en opinión de Boal, debería ser la actitud insumisa de todo oprimido.

Y para que el lector pueda por sí mismo corroborar esta tesis y elaborar sus propios juicios comparativos, los dejamos a continuación con un fragmento de *The Tempest* de Shakespeare y el que le corresponde de *La tempestad* de Boal.

### Bibliografía

Boff, Leonardo, *Nueva evangelización, perspectiva de los oprimidos*. México, Palabra, 1990.

<sup>8</sup> Haciendo suyo el nombre del personaje de Shakespeare y presentándolo como símbolo de nuestra cultura latinoamericana, el poeta y ensayista cubano Roberto Fernández Retamar publicó su ya clásico ensayo *Calibán* en 1971 (entre las múltiples ediciones del mimo puede verse la siguiente de 1979: Roberto Fernández Retamar, "Calibán", *Calibán y otros ensayos*). Según nos cuenta Cecilia Boal en entrevista que acabamos de reproducir en este mismo libro como capítulo previo al presente trabajo, poco tiempo después de publicado por primera vez el ensayo de Retamar, en un diálogo de amigos entre él y Augusto, el primero le sugiere al creador brasileño escribir su propia versión de *The Tempest*. Así nació la idea de crear esta obra. Por una u otra razón *La Tempestad* de Boal no se había publicado íntegramente hasta ahora. Tampoco se había llevado a las tablas, perdiéndose, además, la valiosa música escrita para ella por Manduka. Cuando ya el presente libro estaba a punto de irse a imprenta nos llegó la buena noticia de la publicación casi simultánea de la obra íntegra de Boal en Cuba, en el número 178 de la revista Conjunto de Casa de las Américas, en una versión cotejada por Vivian Martínez Tabares con su similar en portugués.

Driskell, Charles B., "An interview with Augusto Boal", en *Latin American Theatre Review*, vol. 9, num. 1, Centro de Estudios Latinoamericanos, Universidad de Kansas, otoño, 1975.

Fernández Retamar, Roberto, "Calibán", *Calibán y otros ensayos*, Arte y Literatura, La Habana, 1979.